

Un cuento de hadas.

Sostenía el cuchillo con mucha fuerza, quieta en el sitio y con la respiración agitada. Su cerebro estando en shock, tratando de procesar todo lo que acababa de ocurrir. La encimera, el suelo de las losas de la cocina, el arma que continuaba sujetando como si su vida dependiese de ello e incluso sus prendas, manchadas de un color rojo oscuro era lo único en lo que sus ojos podían centrarse. Sus piernas temblaban por todo los nervios, amenazando con perder el equilibrio después de que todo su cuerpo hubiese sido sometido a tanto estrés, además de un inmenso miedo. Delante de ella, se encontraba el cuerpo inerte de un hombre, no cualquiera, tratándose de su esposo con él que llevaba “felizmente” casada unos quince años.

Recuerdos de cómo los dos se conocieron comienzan a llegar. Ambos se encontraron en Plaza de España, en uno de los bares de la zona. Él, como todo un caballero la invitó a una copa y ella, como la joven ingenua que era en esos tiempos, terminó perdidamente enamorada. No tenía la culpa de ello, todo empezó como un cuento de hadas; Ella, una princesa y él, un príncipe azul que sentía que había estado esperando desde los cinco años. Solo que este cuento era diferente, ya que no serían por siempre felices y comerían perdices.

No puede recapacitar cuando todo esto se tornó de la forma en la que ahora acabó, su príncipe volviéndose el villano de la historia. Y sin príncipe, ¿quién sería el que la salvase de esta terrible pesadilla?

Todo comenzó con pequeñas discusiones. No le tomaba importancia en un principio, todas las parejas siempre tienen roces. Las discusiones pasaron a ser amenazas, siendo tan perturbadoras para ella que siempre le causaban escalofríos cuando él la acorralaba contra la puerta de la casa, siendo incapaz de conciliar el sueño por las noches por el temor. Y por último, llegaron las agresiones físicas. Bofetadas, puñetazos, tirones de cabello y lo peor de todo: Ahorcamientos, quedando grabadas las marcas en su cuello. Siempre que él volvía del trabajo, el miedo a morir se encontraba ahí.

“¿Cómo es que no has llamado al 016 todavía? ¡No puedes permitir esto!” “Debes salir de ahí, ¡ya!” Pero ella aún mantenía la fe de que el caballero, su príncipe azul, estaba en ese monstruo por alguna parte.

Continuaba siendo igual de ingenua, al parecer.

Pasó una mano por su cuello, acariciándolo para tratar de aliviar el dolor. Ese cabrón se había defendido hasta su último aliento. La sangre continuaba extendiéndose por el suelo y, se le heló la suya propia al escuchar una voz atrás suyo.

—¿Mami?—.

[...]

La investigadora, sorprendida apuntaba la confesión de la mujer, atónita. Había estado investigando el caso del homicidio de Antonio Fernández desde hace una semana y, por fin tenían al culpable. La mujer que tenía en frente, entre lágrimas dijo lo siguiente:

–No pido que me perdonen, pido que me entiendan–.